









MI SUICIDIO



Henri Roorda

**Mi suicidio**  
**o el pesimismo alegre**

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE

Miguel Rubio

t

trama  
EDITORIAL.ES

Título original:  
*Mon Suicide*

Ilustración del colofón:  
Retrato del autor realizado por Alfred Borel

© De la traducción, Miguel Rubio  
© De esta edición, Trama editorial, 2020  
Zurbano, 71  
28010 Madrid  
Tel.: 91 702 41 54  
trama@tramaeditorial.es  
www.tramaeditorial.es

ISBN: 978-84-122716-1-4  
Depósito legal: M-26971-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos de forma sostenible con el medio ambiente.

Impreso en Kadmos



## Índice

Me gusta la vida fácil	9
Las provisiones	11
El dinero	15
He vivido mal	19
Es una mala acción	23
El profesor de moral y el fisiólogo	27
El individuo y la sociedad	33
Las personas formales. Los buenos ciudadanos	37
Lo que dura demasiado	41
Últimos pensamientos antes de morir	45

6 nov 1925

Cher ami,

Hier, je t'ai menti. J'étais obligé d'être prudent car je ne veux pas qu'on m'empêche de me suicider. Quand tu recevras ce billet, je serai mort (à moins que je ne me sois raté) : J'ai tant usé, en moi et autour de moi ; et cela est irréparable.

Adieu. H. R.

6 de noviembre de 1925

Querido amigo,

Ayer te mentí. Tenía la obligación de ser prudente, pues no quiero que nada me impida suicidarme. Cuando recibas esta nota, estaré muerto (a menos que haya fallado).

He abusado mucho, de lo mío y de lo de los demás, y eso es irreparable.

Adiós.

H. R.

[Facsimil de una nota escrita por el autor en la víspera de su suicidio, que tuvo lugar en Lausana el 7 de noviembre de 1925.]

Desde hace mucho tiempo vengo acariciando la idea de escribir un librito que titularía *El pesimismo alegre*. Me gusta este título. Me gusta el sonido que produce y además expresa bastante bien lo que me gustaría decir.

Pero creo que esperé demasiado para ello: he envejecido, y me temo mucho que quizás en mi libro haya más pesimismo que alegría. Pues nuestro corazón no es un termo perfecto capaz de conservar hasta el final, sin que pierda nada, el ardor de nuestra juventud.

Por lo demás, la perspectiva de mi más que probable suicidio –y por otra parte bastante próximo–, hace que pierda a veces lo que me queda de buen humor. Tendría que hacer algunos esfuerzos para que el contenido de mi libro se ajustara a ese título. Después de reflexionar, pienso que «pesimismo alegre» es una expresión que podría hacer vacilar a algunos compradores. No lo comprenderían. *Mi suicidio* será un título más atractivo, pues el público tiene una afición muy pronunciada por el melodrama.

Quisiera que mi suicidio procurase un poco de dinero a mis acreedores. He pensado ir a ver a Fritz, el dueño del Grand Café, y decirle: «Anuncie en los

periódicos una conferencia sobre *El suicidio*, por Balthasar, y añade en grandes caracteres: “El conferenciante se suicidará al final de su conferencia”. Luego, en caracteres más pequeños: “Entradas a 20 francos, 10 francos, 5 francos y 2 francos”. (El precio de las consumiciones será el triple de lo habitual.) Estoy seguro de que tendremos mucho público».

Pero he renunciado a esta idea. Seguramente Fritz se habría negado, pues mi suicidio podría dejar una mancha imborrable en el suelo de su honorable establecimiento.

Y además, la policía, de manera completamente ilegal, habría prohibido la representación.

*Balthasar.*

## ME GUSTA LA VIDA FÁCIL

Tras haber trabajado arduamente durante treinta y tres años, me siento cansado. Pero todavía tengo un apetito magnífico. Y es este apetito el que me ha hecho cometer muchas estupideces. Felices sean aquellos que tienen un mal estómago, pues siempre serán virtuosos.

Tal vez no seguí bien las reglas de la higiene. Parece ser que los que viven de manera higiénica pueden llegar a una edad avanzada. Pero esta es una tentación que nunca he sentido. En adelante quisiera llevar una existencia cómoda y, sobre todo, contemplativa. Con la embriaguez de espíritu, con fugaces emociones, desearía, de la mañana a la noche, admirar la belleza del mundo y saborear algunos de los «alimentos terrestres».

Pero si permaneciera en la Tierra no tendría la vida fácil que tanto me tienta. Y es que aún debería realizar, durante mucho tiempo, tareas monótonas y soportar penosas privaciones para reparar las faltas que he cometido. Prefiero desaparecer.



## LAS PROVISIONES

Mi sueño de una vida fácil no es un sueño irrealizable. Hombres más virtuosos o más hábiles que yo lo realizan todos los años. Son individuos razonables que, durante toda su vida, fueron acumulando «sus provisiones», pensando en su vejez.

Un día, un jefe de Estado francés dio este consejo a los jóvenes de su país: «¡Enriqueceos!». En otra época esta palabra me escandalizaba, pues recibí una educación moral de una calidad superior. Elocuentes apóstoles me dijeron: «¡Defiende siempre la causa de los oprimidos!». Lo tuve en cuenta, y debo decir que siempre fui en mi familia el paladín de la criada. Pero parece ser que la injusticia es preferible al desorden, ya que mis tímidas intervenciones provocaban siempre escenas lamentables.

Estoy convencido de que mis educadores deberían haberme hablado de otra manera y haberse explicado así: «La humanidad es pobre; es decir, debe trabajar una enormidad y sin descanso para hacer útil la gran varie-

dad de riquezas que la tierra es capaz de producir. Además, las cosas útiles o deseables son limitadas en su cantidad. He aquí la razón de que el hombre precavido guarde en armarios cerrados a cal y canto –y a menudo en cajas de caudales– las provisiones que debe a su perseverancia, a su astucia o a algún feliz azar. Pues sabe que envejecerá. Llegará un día en que ya no podrá producir, pero no por ello dejará de seguir sintiendo la necesidad de consumir. Ese día no podrá descansar y gozar de la vida si no cuenta con provisiones.

»Las riquezas sociales son limitadas en cantidad; el trabajo es fatigoso; el ser humano está condenado a envejecer y a debilitarse. *Esto no cambiará.* Estas tres condiciones explican la codicia del Pobre y las precauciones que toma el Rico para que no fuercen y roben su caja fuerte. Explican también las leyes establecidas por los hombres para que en la sociedad exista un orden firme y duradero».

Esto es lo que mis educadores deberían haberme explicado. Pero no dejaron de hablarme del progreso y de la sociedad futura. Durante muchos años fui colaborador convencido de los utopistas que se dedican con gran devoción a la tarea de preparar en el futuro la felicidad de la humanidad.

Ya que los pobres son muy numerosos, tal vez un día lleguen a imponer «justicia» en el sistema de reparto de las provisiones. No me disgustaría en absoluto la perspectiva de un Estado socialista bien organizado,



donde el individuo gozaría de seguridad material. Cuando se está seguro de procurarse todos los días los alimentos necesarios, se puede pensar en otra cosa: se tiene libertad de espíritu. En el mundo actual, en el que reina «la libertad», la mayoría de los hombres está preocupada.

Pero si triunfa el socialismo, ¿con qué alimentos podrá contar el individuo? ¿Habrá que contentarse con el pan, la leche, las legumbres y los macarrones «sociales y sin queso»? La frugalidad, la abstinencia y la virtud serán sin duda obligatorias para que haya bastantes víveres para todo el mundo. La opulencia para todos supone un trabajo colectivo formidable. Ahora bien, por mi parte, desearía una sociedad en la que el trabajo duro estuviera reducido al mínimo y en la que todos los días contáramos con muchas horas para amar, para gozar del propio cuerpo y para divertirnos con nuestra inteligencia.

Mi sueño es absurdo. La concibamos de una manera o de otra, la felicidad permanente es imposible. No se equivocaron cuando dijeron al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Pero, siendo así, ¿hay que desear que la vida prosiga? La sociedad se defiende contra el egoísmo del individuo porque quiere durar. ¿Por qué durar? ¿Hacia qué futuro deseable vamos? El Creador, que al parecer es muy inteligente, debe de decirse en ocasiones que su obra es vana.

Desatino. Pensar, reflexionar, es resultado de una inteligencia imperfecta. La Inteligencia Infinita no pien-

sa: ¡se confunde con la absoluta estupidez! Seguramente Dios no se dice nada de nada.

Cuando me hablan de los Intereses Superiores de la Humanidad no comprendo de qué me hablan. Pero me gusta el solomillo de corzo y el borgoña viejo. Y sé lo adorable que puede ser la poesía, la música y la sonrisa de la mujer.